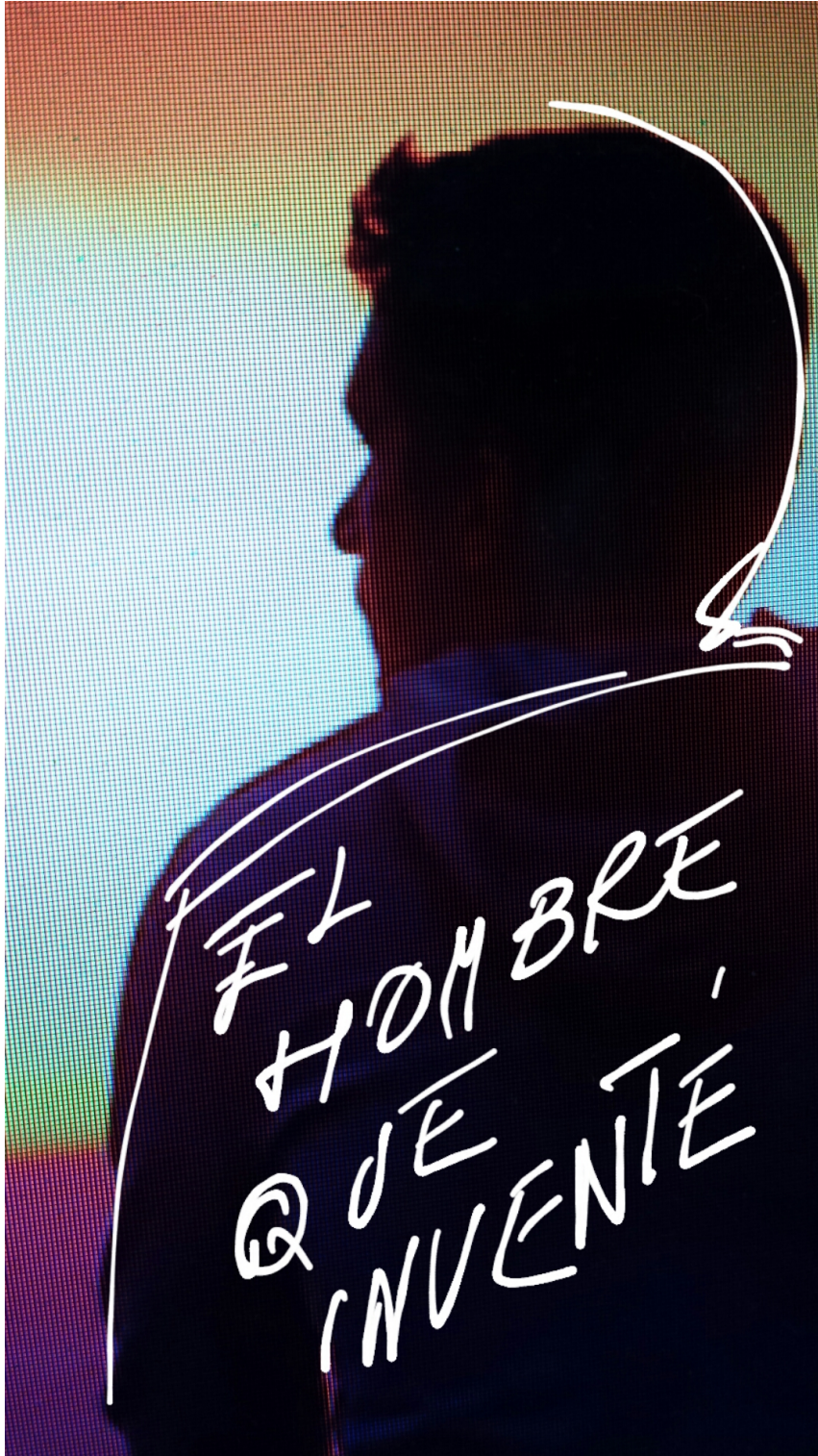


# El hombre que inventé

Marce Elizondo



# Capítulo 1

El hombre que inventé es noble, muy noble, porque la nobleza es lo que más me importa. Y es que la nobleza implica un corazón sincero y justo que actúa con valentía cuando defiende lo que ama.

El hombre que inventé es libre y sabe ser él sin lastimar a nadie. La gente suele pensar que la libertad supone la disposición a herir a otros, pero no es así. La verdadera y única libertad pertenece al alma y las almas nobles son libres sin ser victimarios.

El hombre que inventé también es simple porque no existe complejidad en la nobleza, la nobleza es por definición también simpleza. No hay dobles intenciones, ni intereses escondidos o juegos retorcidos. Todo lo que es está a la vista, todo lo que es se expresa y se deja ver.

El hombre que inventé sabe a dónde va, sabe lo que quiere, sabe de él y de lo que necesita su corazón. El no se miente y no miente, porque valora la verdad, aunque a veces no sea el terreno más deseado.

El hombre que inventé no tiene edad, no se ajusta a los parámetros, no coincide con los manuales ni las estadísticas porque él es un hombre único que sabe ser niño a la hora de jugar y es un anciano a la hora del saber. A veces pura calma, otras una tempestad, a veces es de fuego, y otras, es el mar.

El hombre que inventé me mira y me elige, me ve como lo veo, sabe que soy libre, que juego como niña, que doy consejos como anciana, que soy la serenidad y la tormenta.

El hombre que inventé me conoce y me reconoce porque yo también soy un alma noble que lo elige.